

José María Vaz de Soto

SEVILLA, ESTACIÓN TÉRMINUS

algaida



Primera edición: octubre, 2009

© José María Vaz de Soto, 2009

© Algaida Editores, 2009

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-264-7

Depósito legal: M-32.608-2009

Impresión: Huertas, I. G.

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

AUNQUE UNOS AÑOS ANTES YO HABÍA ESTADO EN Sevilla por lo menos un par de veces, no conocía el barrio más que de nombre. Así es que tomé un taxi en el aeropuerto y atravesé la ciudad por plazas y avenidas vagamente recordadas hasta una calle tranquila, con árboles, y un viejo chalet de aire abandonado, haciendo esquina, rodeado por un patio no muy grande y una verja algo herrumbrosa sobrepasada a trechos por un seto de tuyas sin recortar desde hacía meses, tal vez años. Hice sonar la campanilla y enseguida se abrió la puerta de la casa y apareció Javier en lo alto de la escalinata. No sonreía. Estaba más delgado, pero no se podía decir que tuviera mal aspecto. Nos saludamos casi sin palabras, mirándonos un rato de cerca y golpeándonos la espalda con una mano, sin llegar a abrazarnos. ¿Cómo preguntarle por su *experiencia*? ¿Cómo aludir a ella tan sólo sin que él me diera pie a ello ni saber cuál sería su reacción?

—¿Estás bien? —dije por fin.

Hizo un gesto ambiguo.

—Ya es otra cosa —contestó después con no menor ambigüedad mientras me invitaba a subir la escalinata.

Había en el patio un limonero, un naranjo y una yuca, y le hice algunas preguntas acerca de estos árboles. La yuca había crecido por todas partes, sin ser podada desde hacía años, y una de sus ramas saltaba por encima de la verja y del seto y entremezclaba sus hojas en una maraña con las de una acacia de la acera contigua. El naranjo —me dijo— era todavía joven (fue él mismo quien lo plantó doce o catorce años antes) aunque daba ya algunas naranjas, mientras el limonero era más viejo que él y que yo y estaba cargado de limones. Algunos de ellos habían rodado por el suelo y seguían sin recoger, entre hojas caídas del propio árbol y de las acacias de la calle y polvo de días y de meses. Le propuse mis servicios como jardinero, y luego como barrendero; pero Javier seguía sin sonreír. Más tarde, mientras me enseñaba un poco la casa, únicamente en función de mi estancia en ella como invitado, y me interesaba yo por algunos cuadros *descolgados* y por algunos muebles y libros antiguos (todo un poco lleno de polvo y como mal puesto, abandonado, mostrando a las claras no sólo la ausencia de una mano diligente, sino la carencia absoluta de interés en disimular esa falta de cuidado y amor por los objetos visibles), seguimos conversando con cierta dificultad, como tanteando terrenos otrora transitados y casi familiares, pero en los que adivinábamos ahora profundas fallas y transformaciones.

Me preguntó si quería comer algo; yo le contesté con un «no» tal vez falto de firmeza y, sin insistir ni añadir nada más, bajó a la cocina y volvió con una botella de vino

y unas tapas de queso y jamón. Mientras dábamos cuenta de ello, como en nuestras viejas reuniones de Burdeos (con mejor vino y mejores quesos, pero sin jamón), pronunció por primera vez la palabra «clínica», y poco después «clínica mental»; sin embargo, hablaba sólo de «cuando salió», de «cuando se puso bueno». Yo me moría de ganas por saber algo de «cuando se puso malo», de «cuando entró», pero seguía sin atreverme a preguntarle, aunque él parecía ya muy alejado de «aquel territorio de devastación» (como dejó anotado en un papelillo suelto que había llegado a mis manos unos años antes, entre su primera y su segunda crisis), sin darme tampoco la impresión de haber *regresado* del todo. Tal vez la palabra adecuada para estos casos no sea precisamente «regresar», sino «atravesar». Atravesar... ¿incólume? No, no diría yo tal cosa: algo grave había sucedido allí. No obstante, seguía pareciéndome prudente esperar a que fuera él quien empezara a hablar de ello.

«La depresión», le oí decir claramente poco después, y fue una de las pocas veces, tal vez la única, que en ese primer día, en que tanto hablamos, pronunció aquella palabra referida a sí mismo. Con todo, cuando la pronunció lo hizo de una forma rara, *especial*, sin patetismo, sin entonación, como si estuviera de pronto muy lejos de sí mismo o como si se le hubiera ido un momento antes toda la sangre por una herida. «La depresión —dijo exactamente— me ha hecho cambiar un poco. Ya no discuto tanto».

—Sí, te veo como menos apasionado por todo —tanteé.

—Así es —respondió—; puede decirse que he perdido la pasión por las cosas. No es que no me interese por algunas de ellas, por los temas de siempre tuyos y míos: la filosofía, la literatura, la naturaleza humana, la marcha de la historia...

—Los temas de nuestras viejas discusiones bordelesas —resumí, no sin cierta añoranza.

—Pero también han perdido importancia para mí. Como si todo estuviera ya discutido y aclarado —concluyó.

—¿Qué es para ti *lo importante* hoy? —apuré todavía.

—Nada —contestó—. Lo importante soy yo, y yo no tengo la menor importancia.

—Lo más importante en la vida es quizá, para cada uno, el grado de sufrimiento, ¿no crees?

—Ahora no sufro —dijo—. Yo no hablaría de sufrimiento; hablaría de enfermedad.

Nos llamamos unos instantes y luego le dije:

—También yo estoy enfermo, ¿sabes?

Continuó en silencio, quizá con un apenas perceptible gesto de interrogación o un brillo momentáneo de curiosidad en los ojos. Pero yo ni siquiera llegué a pronunciar la palabra «cáncer».